

Un relato y una máquina



MARÍA ANDREA GÓMEZ GÓMEZ¹

“Ella siente que le arrancan el cerebro y dice que su cuerpo está hecho de tubos y conexiones eléctricas. Habla sin parar y a veces canta y dice que me lee el pensamiento y solo pide que yo esté cerca y que no la abandone en la arena. Dice que es Eva, que Dios es la mujer y que la serpiente es Eva... la mutación interminable y Adán está solo, siempre ha estado solo...”

(RICARDO PIGLIA)

La alucinante narración que da forma a la novela del escritor argentino, Ricardo Piglia titulada *Ciudad ausente*², femenina hasta las venas (o los cables), se compone de conexiones que se deslindan de lo que se podría entender como coherencia lógica o secuencial, gramática de un ascenso o un descenso

1 Comunicadora Social y Periodista. Profesora del Área de Formación Básica y Disciplinar del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. mariandreago@hotmail.com

2 Todas las citas textuales de este artículo pertenecen a la novela de *Ciudad Ausente* de Piglia.

que nos lleve a algún lugar determinado donde desembocar y descansar, por eso y por lo contrario, la metáfora del río prolonga lo que podría ser un curso de ritmicidades narrativas que se orillan, se estancan aquietadas o deambulan en un remolino profundo que huye y se infiltra en corrientes o pantanos, siguiendo veloz o serenamente los caudales de las palabras, que como el lenguaje, se inmiscuyen, sin permiso, entre el recuerdo, el sueño, la vigilia, el dolor, la memoria, la experiencia o la esperanza que se dispersa en desembocaduras posibles, que no terminan nunca de llegar.

Resistencia literaria desde la ficción construida con las pieles y las carnes de mujeres no programadas bajo el “Estado mental” del control del pensamiento³, en ellas, en estas mujeres, el amor hace la diferencia, la huella de los sentimientos no posibles de codificar, ni desconectar o desactivar, y mucho menos registrar bajo ninguna cámara de vigilancia, el nudo blanco, el amor, “una máquina de defensa femenina”: la locura, el estado donde la verdad está perdida⁴.

3 “La inteligencia del Estado es básicamente un mecanismo técnico destinado a alterar el criterio de realidad... Tienen todo controlado y han fundado el Estado mental, la realidad imaginaria, todos pensamos como ellos piensan y nos imaginamos lo que ellos quieren que nos imaginemos... Hay que resistir. Nosotros tratamos de construir una réplica microscópica, una máquina de defensa femenina, contra las experiencias y los experimentos y las mentiras del Estado” (Piglia, 2000).

4 “No podía soportar que ella, muerta, pudiera recordarlo y estuviera triste al verlo solo. Pensaba en la memoria que persiste cuando el cuerpo se ha ido y en los nudos blancos que siguen vivos mientras la carne se disgrega. Grabadas en los huesos del cráneo, las formas invisibles del lenguaje del amor siguen vivas y quizás es posible reconstruirlas y volver viva la

De esta manera, cada quien construye su propia realidad no restringida a códigos genéticos ni verbales como lo dictaminan la ciencia bajo el mando de neuropsicólogos, psiquiatras o lingüistas, como si el cerebro, al igual que las neuronas y el recuerdo, funcionarán a la manera de un aparato televisivo, así, la Ciudad ausente, sería aquella que vive conectada, bajo un cableado subterráneo, entre la clínica psiquiátrica y las alucinaciones de quienes están huyendo de ella perseguidos por quienes los quieren curar haciéndolos olvidar todo, borrando su memoria, la misma que delata los crímenes, las desapariciones y las torturas de los hombres y mujeres que alguna vez tuvieron su parte en la historia de un país en guerra del cual ya han olvidado su propia lengua.

El cuerpo es la memoria colectiva, huesos y caparazones la tienen tallada a la manera de un lenguaje proveniente de un origen perdido común a los seres vivos, por eso nadie sabe a ciencia cierta cuáles han sido las historias o los relatos que fundaron la ciudad o la isla, por eso, aquellos relatos son reconstruidos constantemente por quienes los cuentan, entrando y saliendo de la realidad “en una trama de esperas y postergaciones

memoria, como quien puntea en la guitarra una música escrita en el aire. Esa tarde concibió la idea de entrar en el recuerdo y de quedarse ahí, en el recuerdo de ella. Porque la máquina es el recuerdo de Elena, es el relato que vuelve eterno como el río” (Piglia, 2000). El nudo blanco es la célula primordial, el origen de las formas y de las palabras, el núcleo de todas las voces y de todas las historias, una lengua común que está grabada en el vuelo de las aves, en el caparazón de las tortugas, una forma única. “Loca, me dijo, perdida, ese murmullo es el amor, la voz de la mujer que cuenta lo que ha visto, la pantalla blanca como una sábana, no puedo parar sin que se pare la vida, veo lo que digo...” (Piglia, 2000).

de las que ya no se puede salir” (Piglia, 2000). La ciudad, como una red, es la máquina que no puede dejar de contarse con lo que en ella misma sucede, motivo por el cual fue encerrada en el lugar de los objetos muertos, encarcelada en el museo.

El peligro eminente, la ciudad siempre a punto de estallar, bombardeada por la apacible normalidad que hace aparecer la realidad de todos bajo la luz de un sueño unitario, “el modelo japonés del suicida feudal”, como el espejo del televisor donde todos ven deambular sus propias caras somnolientas. Adictos a la fantasía y prófugos de los vigilantes policiales, los delirantes de esta hecatombe narran lo que conocen y alucinan vivir o viven alucinando, como mecanismo de defensa contra los mutiladores de la imaginación, como si de ello dependiera el porvenir, porque “lo real está definido por lo posible”. La ficción: realismo puro.

La máquina - mujer - ciudad - relato ha empezado hablar de sí misma y por eso la quieren parar, pues no se trata solo de una máquina sino de un organismo más complejo, “un sistema que es pura energía”, la reconstrucción de un sueño de amor o de una vivencia corporal, de un hombre, amante, cuerpo y filósofo y poeta y delirante porque también fue científico e ingeniero que quiso retener en el recuerdo vivo a una mujer, y esto solo era posible en las palabras, es decir, en la historia de lo que se cuenta que pasó o puede pasar. Sin embargo, no conviene la memoria a quienes se empecinan en vivir el presente como si todo hubiese estado igual siempre y no valiera la pena guardar los restos de lo que para ellos no ha cambiado nunca.

La mujer se diluye entre sus formas y por eso “sufre la falta de verdad”, como

la máquina autómatas de la mujer que ya murió, una mentira, un sollozo, una lágrima y el calor del sexo, un recuerdo que no se fija quieto y estable sino que viaja en la corriente y que deambula a la velocidad del día o de la tarde. El río es el recuerdo de los tiempos, es el espacio de la enunciación de un lenguaje primitivo, siempre el mismo, la nostalgia por lo que ya no se puede pronunciar y se aguarda en aquellos rituales en que los hombres del pueblo, bajo el influjo de la luna llena, siguen esperando que llegue por fin: la lengua de su madre, escondida en los pliegues ausentes de todos los ríos, de todas las ciudades e islas, en todos los tiempos de cualquier país...

*“Soy la cantora, la que canta,
estoy en la arena,
cerca de la bahía,
en el filo del agua
puedo aún recordar
las viejas voces perdidas,
estoy sola al sol, nadie se acerca,
nadie viene, pero voy a seguir,
enfrente está el desierto,
el sol calcina las piedras,
me arrastro a veces,
pero voy a seguir,
hasta el borde del agua, sí”.*

Referencias Bibliográficas

Piglia, R. (2000). *La ciudad ausente*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Océano.